



Oposición vecinal: el gran reto para el desarrollo de las plantas.

Todos los que formamos parte del sector del biogás conocemos perfectamente el potencial que existe en España para desarrollar plantas de valorización energética: aprovechar un residuo agrícola, ganadero o industrial y convertirlo en un recurso de alto valor energético que pueda ser aprovechado por toda la sociedad.



Pedro Luis Fuentes Camas
Iplan Energy | Head of biogas

La pregunta que planteo es: ¿conoce realmente la sociedad lo que implican las plantas que diseñamos, construimos y operamos? En términos generales, creo que no. Esta falta de conocimiento se ha convertido en uno de los mayores escollos para ejecutar nuevas instalaciones, aunque sería injusto atribuirle todo el problema.

Desde hace varios años hemos visto cómo han ido proliferando las plataformas contrarias a las plantas de biogás. Algunas cuentan con un altísimo nivel de organización y son capaces de movilizar a cientos de personas. Dentro de ese rechazo conviven el desconocimiento sobre nuestro sector, preocupaciones legítimas, desconfianza institucional, intereses políticos, rumores, experiencias negativas y un fuerte componente emocional. Aquí reside el nuevo reto al que debemos hacer frente.

Las plantas son necesarias, pero el sector solo podrá consolidarse si se diseñan, comunican, construyen y operan correctamente.

Cada proyecto presentado ante la Administración para solicitar su autorización ambiental pasa por un

periodo de información pública. Las plataformas utilizan este procedimiento para trasladar sus inquietudes y, en muchos casos, su rechazo frontal. Algunas alegaciones parten de información incompleta o incorrecta; otras, sin lugar a duda, deben ser atendidas por quienes participamos en el diseño de estas instalaciones.

También debemos hacer autocrítica. Parte de la desconfianza no nace de la nada: existen plantas que han ocasionado molestias, proyectos con diseños mejorables y promotores que han comenzado a comunicarse con la población cuando ya era demasiado tarde.

Para buena parte de la sociedad, una planta de biogás se percibe como un vertedero industrial. La palabra “residuo” provoca una asociación inmediata con basura, suciedad, enfermedades, contaminación y malos olores. Intentar explicar a alguien ajeno al sector términos como digestión anaerobia, tratamiento del biogás, gestión del digerido o desodorización es realmente complicado, sobre todo cuando la expli-



cación técnica llega tarde y el relato emocional ya se ha instalado.

Tras hablar con muchos integrantes de estas plataformas, creo que su principal miedo puede resumirse en una pregunta: ¿podré seguir viviendo igual que antes?

Hablamos de cosas tan cotidianas como abrir las ventanas, tender la ropa, sentarse en un patio, llevar a los niños al colegio o circular sin encontrarse continuamente con camiones. Son preguntas que he intentado responder. Hay quien te escucha y realmente quiere entender; pero también hay personas que, una vez consolidado el rechazo, reciben cualquier explicación técnica con una enorme desconfianza.

La percepción del riesgo depende de quién lo controla y, sobre todo, de quién debe soportar sus consecuencias. Los beneficios (energía, inversión, empleo o valorización) suelen presentarse como algo genérico y, en ocasiones, se perciben como privados. Los riesgos, por el contrario, son locales y concretos: el vecino teme que afecten a su vivienda, a su familia y a su entorno.

En esas condiciones resulta sencillo que más vecinos se sumen “a la causa”. Utilizo esta expresión porque han llegado a decirme: “Iremos a la guerra contra la planta”. Puede parecer exagerado, pero este tipo de expresiones son más habituales de lo que cabría esperar.

El olor es probablemente el factor con mayor capacidad para provocar oposición. Una planta bien diseñada y operada no debería producir una afectación odorífera apreciable fuera de sus límites. Para conseguirlo hay que identificar todos los posibles fo-

cos, incluido el transporte, y plantear medidas como el confinamiento de las áreas más problemáticas, la captación del aire y su tratamiento mediante un sistema de desodorización adecuado.

Todo esto tiene un impacto económico directo sobre la viabilidad de la instalación, pero planteo la siguiente pregunta: ¿alguno de nosotros estaría dispuesto a vivir cerca de una planta cuyo olor llegase hasta su vivienda o su barrio? Es cierto que la percepción olfativa tiene un componente subjetivo; aun así, nadie está dispuesto a convivir con malos olores, sea cual sea su origen.

En estos foros se mencionan plantas existentes en cuyos alrededores el olor es manifiesto, sin valorar si el problema ya existía previamente, si la situación ha mejorado o si concurren otros focos. En cuanto aparece una planta, toda la responsabilidad recae sobre ella. Puede resultar injusto en algunos casos, pero una sola instalación mal diseñada u operada hace daño a todo el sector y sirve como ejemplo para rechazar las siguientes.

El tráfico de camiones es el segundo gran foco de preocupación. Hablar de toneladas anuales resulta abstracto para quienes no manejan estas magnitudes. Una planta de 140.000 toneladas al año se percibe como una “macro planta” y queda asociada inmediatamente a la idea de que 200 camiones atra-vesarán cada día el municipio, cuando sabemos que el número es muchísimo menor, haced los cálculos.

Por más que dentro del sector consideremos que se trata de una instalación de tamaño medio, debemos comprender que, para un municipio pequeño, su dimensión puede parecer enorme. Discutir únicamente la etiqueta “macro planta” no soluciona nada.

Debemos traducir las toneladas anuales a un número realista de vehículos diarios, considerando su capacidad, los días de operación y los flujos de entrada y salida.

Aquí hay dos ideas importantes. La primera es que la existencia de residuos en una zona se interpreta como si fueran a recogerse a gran distancia y trasladarse hasta las inmediaciones del vecindario. No siempre se comprende que muchos ya se encuentran en un radio relativamente pequeño alrededor de la ubicación elegida. Su gestión actual resulta ajena para la mayoría porque solo afecta directamente a determinados vecinos; en cambio, la futura planta se percibe como una amenaza nueva. La planta no crea esos residuos, aunque sí concentra su tratamiento en un punto y, por tanto, debe garantizar que esa concentración no genere una afección adicional.

La segunda idea es que debe analizarse el itinerario completo de los camiones, no solo el último acceso a la parcela. Una ruta puede ser corta y legal y, sin embargo, resultar socialmente inaceptable si obliga a atravesar un núcleo urbano. Si no se estudia y explica adecuadamente, creará un rechazo directo.

La ubicación y la distancia a los núcleos de población constituyen otro motivo de preocupación. He llegado a escuchar en una radio pública a miembros de estas plataformas afirmar que no tolerarán plantas a menos de 15 kilómetros de cualquier vivienda. Aplicar ese criterio, unido a todas las restricciones técnicas y ambientales existentes, nos dejaría prácticamente sin emplazamientos disponibles.

Además, alejar las plantas de los lugares donde se generan los residuos incrementa el tráfico, las emisiones y los costes logísticos. No existe una distancia mágica que garantice la ausencia de molestias: tan importantes como la distancia son el diseño, la meteorología, la orografía, los accesos y el tipo de residuos tratados.

Los citados son solo algunos de los problemas que podemos encontrar en el diseño. Existe, además, otro fallo recurrente: la comunicación, que suele comenzar cuando el rechazo ya se ha organizado.

Sé que algunos promotores celebran charlas informativas e incluso sufragar visitas para que los vecinos conozcan instalaciones en funcionamiento. Estas iniciativas son útiles, aunque, evidentemente, no es posible llevar hasta allí a las 10.000 personas potencialmente afectadas.

Uno de los grandes retos consiste en decidir cuándo debe comenzar esa comunicación. La ausencia

de información crea un vacío que termina llenándose con mensajes en redes sociales, audios, vídeos y cadenas de WhatsApp. Informar demasiado tarde alimenta la desconfianza y transmite la impresión de que el proyecto ya está cerrado; pero hacerlo demasiado pronto puede comprometer su viabilidad.

Dar a conocer que existe una oportunidad en una zona determinada puede alertar a empresas competidoras, que podrían intentar asegurarse los mismos residuos o impulsar proyectos alternativos sin haber realizado ningún estudio previo. Es difícil encontrar el equilibrio entre la transparencia necesaria para construir confianza social y la confidencialidad imprescindible para proteger el desarrollo del proyecto.

También debemos ajustar el lenguaje. El argot del sector es ajeno para la mayoría de los vecinos y una justificación técnica impecable puede resultar incomprensible. El término “valorización”, por ejemplo, puede tener mucho significado para nosotros y no decir absolutamente nada fuera del sector.

La información debe transmitirse con honestidad. Queremos construir y operar plantas industriales y, como cualquier industria, tienen inconvenientes que debemos reducir mediante buenos diseños, una operación adecuada y un mantenimiento riguroso. También tienen beneficios, que debemos explicar sin propaganda y nunca utilizarlos para negar los posibles impactos locales.

El residuo ya existe. La planta no lo crea: concentra residuos generados en el entorno para gestionarlos, tratarlos y aprovecharlos mejor. Pero, para que la sociedad lo entienda, primero tendremos que demostrar que nuestras instalaciones pueden convivir con el territorio sin alterar la vida cotidiana de quienes ya estaban allí. 🌈

